



Revista Asia América Latina

ISSN 2524-9347

Grupo de Estudios sobre Asia y América Latina
Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe
Universidad de Buenos Aires



Saldaña Moncada, David I. *La permanencia del vacío: ficciones y símbolos japonistas en la narrativa mexicana contemporánea (1980-2015)*

DANIEL ARRIETA DOMÍNGUEZ

SALDAÑA MONCADA, DAVID I. LA PERMANENCIA DEL VACÍO: FICCIONES Y SÍMBOLOS JAPONISTAS EN LA NARRATIVA MEXICANA CONTEMPORÁNEA (1980-2015)

Asia
América
Latina

128

Cuernavaca: CRIM. Universidad Nacional Autónoma de México. 2023. 225 pp.

Daniel Arrieta Domínguez

Universidad de Estudios Extranjeros de Kioto

gavilanimatias2001@gmail.com

d_arriet@kufs.ac.jp

La permanencia del vacío: ficciones y símbolos japonistas en la narrativa mexicana contemporánea (1980-2015), escrito David Issai Saldaña Moncada y editado en 2023 por el Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias de la UNAM supone una reflexión actual sobre las relaciones literarias intertextuales y la presencia cultural en un sentido más amplio de Japón en las letras mexicanas de los siglos XX y XXI, pero especialmente a partir de los años 80.

El libro expone inicialmente sus fundamentos teóricos y continúa de un modo cronológico mostrando cómo ha evolucionado el campo literario mexicano en relación con la cultura japonesa. Finalmente, se centra en un análisis más profundo de las obras *japonistas* y relativamente recientes de tres autores mexicanos: Juan García Ponce, Pablo Soler Frost y Mario Bellatín.

Como objetivos se plantea abordar la relación literaria entre Japón y México, reconociendo la pluralidad de representaciones que de Japón se han hecho en el país después del modernismo tabladiano y más allá del ámbito poético, para seguir la evolución de dichas formas de representación y enriquecer así la crítica al orientalismo.

Respecto a las teorías clásicas del orientalismo saidiano, el autor rechaza el reduccionismo de una crítica orientalista que niega la posibilidad de una representación de la cultura asiática en América Latina, aunque acepta los límites de la posibilidad de construir una “identidad japonesa”, demasiadas veces asociada al concepto de *nihonjinron* y basada en propensiones antropológicas, éticas y estéticas.

Esta representación tiene forma de diálogo intertextual, y para explorarlo utiliza la narratología de Genette, a la que se añaden los mundos posibles de Doležel y la teoría de la recepción de Iser con sus vacíos estructurales abiertos a la interpretación.

También hace uso del concepto de representación de Lefebvre ya que considera que los textos mexicanos son representaciones particulares de temas japoneses con personajes que los problematizan.

Con todo ello, a partir de un corpus de tres bien escogidos autores de narrativas basadas en diálogos con Japón, explora en sus obras conceptos como la idea de vacío y lo trascendental, en línea con el budismo zen y su horizonte espiritual, cuya influencia en América Latina también describe.

De igual modo, se apoya en la idea de *símbolo*, pero no como algo arbitrario sino en relación con la experiencia misma, dotándolo del siguiente significado: difícil de descifrar o “secreto” exclusivo de una cultura. El imaginario surge, entonces, no como ficción sino como lo trascendental, ensoñación o mito en su aspecto emocional o afectivo.

El contexto histórico-literario del objeto de estudio de Saldaña queda dividido en tres etapas y transcurre desde el japonismo de Tablada (1ª etapa desde fin de siglo a 1945) al poeta traductor influenciado por el budismo zen (2ª etapa), hasta una 3ª etapa (de 1990 hasta nuestros días) con obras narrativas variadas de tratamiento crítico y en ocasiones paródico.

El primer escritor mexicano de su corpus es Juan García Ponce, de la generación del medio siglo mexicana. En concreto analiza dos de sus obras desde el punto de vista del erotismo porque “García Ponce concibe lo erótico como una cualidad intrínseca del ser humano que lo liga con una realidad *otra*, trascendental y distanciada de la cotidianidad o de las reglas sociales” (110).

En la primera de ellas, *Crónica de la intervención*, de 1982, uno de sus personajes viaja a Japón en busca de una trascendencia personal, una especie de orientalizado vacío primigenio, cuyo fin lógico es la decepción y el fracaso.

Saldaña desarrolla la idea de que el personaje creado por García Ponce confunde el nuevo espacio exterior japonés con los límites de una ansiada experiencia mística oriental, cuando su problema es la mirada occidental, que no le permite establecer una interacción cultural adecuada.

Donde se aprecia un análisis más propiamente intertextual entre la obra de García Ponce y la literatura japonesa es al comentar su novela *De ánima* (1995), cuyo argumento surge en paralelo al de *La llave* (1956), de Tanizaki Junichirō.

Saldaña señala acertadamente la relación entre el erotismo y la experiencia trascendental en ambas novelas, concluyendo que la mirada externa de un tercero en el caso de Tanizaki supone más un rol que un personaje concreto, mientras que en *De ánima* los terceros dan cuenta de que “la vía escogida por García Ponce es declaradamente mística y que su exploración del erotismo no se agota en lo físico, sino que apunta a una verdad estética cuya representación es la misma novela” (141); y por ello, el arte y la ficción literaria

en la recreación de lo erótico permiten acercarse a la plenitud vital, en contra de las normas sociales.

El siguiente capítulo, el más logrado del libro en mi opinión, nos presenta un análisis de la obra *Cartas de Tepoztlán* (1997) de Pablo Soler Frost, que para Saldaña supone el final de una etapa en la que los escritores mexicanos ya han huido de la representación de Japón como excentricidad y buscan explorar conexiones culturales entre ambos países.

Tratándose de una novela epistolar cercana al género ensayístico, esta obra corría el riesgo de perder el elemento ficcional. Sin embargo, para Saldaña, la indefinición de ambos personajes, uno mexicano y otro japonés, más la inclusión de narrativas mitológicas y las menciones al problema de la traducción, mantienen la verosimilitud y la tensión narrativa.

Saldaña examina aquí de qué forma símbolos como la montaña sirven para encontrar un sentido trascendental que acerca el pueblo mexicano prehispánico al japonés.

La utilización en las conversaciones entre ambos personajes de fuentes explícitas de teóricos europeos (Jünger y Otto) y japoneses (Suzuki y Okakura) enriquece el diálogo en relación al mito y a la espiritualidad, y pone a la literatura al nivel del símbolo, como nos explica Saldaña.

Del mismo modo, se interpreta el esencialismo de Soler Frost –su insistencia en lo oriental que hay en México– como un rechazo a la idea de Oriente y Occidente en la medida en que “son solo dos formas de denominar actitudes homogeneizadoras frente al mundo” (158), y el México de Tepoztlán constituye “un espacio de resistencia ante el *progreso* y de resistencia de lo sagrado ante lo secular, pero tomando aún ese sentido trascendente de la *orientalización de los espacios*” (159).

En el capítulo final del libro, Mario Bellatín surge como representante en la literatura mexicana del siglo XXI de la inclusión literaria de referentes japoneses.

Bellatín es escogido por Saldaña no por ambientar novelas con personajes o lugares japoneses desde un punto de vista esencialista o cosmopolita sino más bien porque “su literatura permite la formulación de problemas interculturales que han llevado a la crítica al uso de todo tipo de categorías –desterritorialización, descentralización, literatura mundo, literatura fuera de la lengua materna e incluso transmedialidades” (187).

La obra de Bellatín queda dividida en dos etapas, la primera de ellas de 1994 a 2001; y la segunda, desde 2005 a 2011, enfocándose este capítulo principalmente en la primera de ellas.

El jardín de la señora Murakami (2000) y *Shiki Nagaoka: una nariz de ficción* (2001) son analizadas de forma conjunta ya que en la lectura de ambas obras es difícil desligar lo real de lo ficcional, aunque en realidad eso podría aplicarse a casi todas las obras *japonistas* de Bellatín.

De cualquier modo, en la segunda de estas obras el análisis se centra en sus aspectos metaficcionales en términos de mimesis con la figura de Naoya Shiga, escritor japonés representativo de la novela del yo o *shisōsetsu*.

También se presenta la selección de referentes japoneses por parte de Bellatín, no como una suerte de elecciones arbitrarias sino como una forma de aislar elementos culturales tales como la escritura, la identidad, la corporalidad, y especialmente la otredad, principal interés del escritor mexicano.

En mi opinión, estos apuntes interpretativos son un gran acierto de Saldaña, que complementan lo que ya se había escrito sobre estas obras en el mundo académico.

Este capítulo conecta de manera directa con el anterior a partir de referencias intertextuales en la obra de Bellatín a Soler Frost y a Tepoztlán en *Shiki Nagaoka: una nariz de ficción*. La segunda etapa de Bellatín se muestra con un sucinto análisis de *Bola negra* (2005), que muestra sus intertextos con la obra de Abe Kobo, e interpreta las añadidas notas a pie de página típicas de Bellatín con la pérdida de consistencia de lo simbólico y lo trascendente.

Esto mismo entra en relación con la cuestión del orientalismo, respecto a la cual Saldaña niega, acertadamente, que el autor mexicano orientalice Japón, especialmente por el uso que hace de la metaficción, utilizando un *lugar japonés* que es otro.

En definitiva, este libro supone una excelente reflexión académica sobre el campo literario mexicano en relación a la cultura japonesa durante más de un siglo, y nos regala unos sugerentes análisis intertextuales de las obras de tres relevantes autores recientes que suponen respectivas etapas en la forma de entender el interés en México por el país del sol naciente así como la riqueza de sus representaciones literarias sobre el mismo.



Grupo de Estudios sobre Asia y América Latina
Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe
Universidad de Buenos Aires